

LA PALOMA DE GURA

PSEUDÓNIMO: AURORA

¡Qué calor! Estábamos a principios de junio y el verano ya apuntaba más caluroso de lo normal, gracias al cambio climático del que todos hablaban. Eran las cuatro de una tarde bochornosa. En el cielo no había ni una nube que presagiase el atisbo de alguna tormenta de verano que mitigase un poco el calor.

Subí a mi habitación y me tumbé en la cama a ver si podía dormir un poco. Cerré los ojos y me vino a la mente una canción que cantaba mi madre cuando yo era pequeña: Las espigadoras, de la zarzuela La rosa del azafrán.

“Ay, ay, ay, ay, Que trabajo nos manda el Señor,
levantarse y volverse a agachar, todo el día a los aires y al sol...”

Con esa musiquilla entré en un tranquilo sueño. No sé el tiempo que pasó. De repente me desperté sobresaltada. Por mi ventana entraba un rayo de luz mucho más potente que el del sol que todavía alumbraba en el cielo. Salté de la cama y me asomé a la ventana para ver qué pasaba. Muy cerca de mí, suspendido en el aire, había un extraño artefacto grande como un globo aerostático. Tenía forma triangular con destellos muy brillantes. De cada uno de sus tres ángulos salían unas extensiones parecidas a rampas. Yo estaba boquiabierta. De pronto, y de forma progresiva, se fue apagando el fulgor que proyectaba y pude ver que aquello era más voluminoso de lo que yo creía y que adentro se adivinaba movimiento.

Sin saber cómo pasó, en mi habitación aparecieron dos seres, no puedo decir extraños pues se parecían bastante a nosotros, solo les vi algo raro, tenían los ojos mucho más grandes de lo normal y en el dorso de su mano derecha, una marca pequeña, semejando una paloma. Empezaron a hablar entre ellos en una jerga extraña que yo no entendía, más, cuando se dirigieron a mi les entendí perfectamente.

- Somos Acliátes y Galo, venimos de un lugar muy lejano del Universo llamado Gura. Si quieres venir con nosotros te lo enseñaremos con mucho gusto. Extrañamente no

sentí miedo alguno y como soy bastante intrépida les dije que sí, que los acompañaba. De nuevo, de una manera increíble me encontré dentro de aquella nave junto a mis dos acompañantes. Aclíates me cogió del brazo derecho y automáticamente apareció en el dorso de mi mano el mismo símbolo que ellos tenían. Una pequeña paloma.

El interior de la nave era espacioso. No tenía nada que ver con la forma que le vi por fuera. Por dentro era totalmente redondo, formaba media esfera perfecta. Parecía de cristal y desde cualquier punto donde te pusieras divisabas todo el exterior. Tenía, justo en el centro, un cilindro plateado de unos dos metros de alto por uno de ancho, totalmente recubierto de pantallas con distintas imágenes de la tierra. El mar, las montañas y ríos y todo tipo de árboles flores y animales. En algunas había personas que se abrazaban y en gran cantidad de ellas había niños jugando. Aclíates y Galo no dejaban de mirar las pantallas, donde estaban los niños jugando, casi absortos en las imágenes. De pronto, hubo una gran sacudida y quedó todo a oscuras, a pesar de eso, yo no me moví del sitio donde estaba de pie. A los pocos minutos volvió la claridad y vi a mis acompañantes. Eran totalmente diferentes a los que habían subido a la nave conmigo. Se habían transformado. Los ojos seguían siendo más grandes de lo normal, de un color azul intenso, enmarcados en un rostro pequeño que carecía de orejas y nariz. Su boca era una imperceptible línea, la cual, no dejaba ver que encerraba dentro. Sus cuerpos eran casi moldeables, de estatura mediana. Los brazos caían lánguidos al igual que sus piernas que se sostenían en unos grandes pies. No tenían pelo en la cabeza, ni vello en el cuerpo. Todos iban cubiertos con unas vistosas túnicas rojas.

Aclíates dijo que habíamos llegado a nuestro destino. Se abrió una salida que daba a una de las rampas que tenía la nave. Por allí bajamos. Fuera todo era gris. El paisaje que apenas se divisaba, parecía mostrar árboles y plantas y unas extrañas viviendas. Hasta las bonitas túnicas de Aclíates y Galo se habían vuelto grises. Era como ver el cine en

blanco y negro. Había muchos seres semejantes a mis compañeros de viaje, los cuales nos rodearon. Al frente de todos ellos estaba “el Jefe”, al menos, a mi me lo pareció. Era un poco diferente a los que allí estaban. Tenía pelo, una larga melena blanca que le daba un aire majestuoso. Se dirigió a mí, puso su brazo sobre mi hombro y me dijo- Soy la Reina Cindra. Te doy la bienvenida a mi planeta.

La entendí perfectamente y le agradecí su agradable acogida. Le pregunté: -¿Hay más seres como tú? -Sí, me dijo. Estoy al mando de cincuenta de mi mismo género que somos las que organizamos y cuidamos del planeta. Además hay unos doscientos seres, de diferente género, que están bajo nuestro mando. Después de esta pequeña información, alzó su brazo derecho, y al momento estaban a mi lado dos de los de su escolta. Ella les dijo: - Llevadla y que descanse! Me llevaron a una de sus viviendas y me dijeron que más tarde vendrían a recogerme. La estancia en la que me encontré era de forma esférica, de cristal opaco, como las que ya había visto antes. Tenía, igual que la nave en que vinimos, un cilindro en el centro cubierto de pantallas con más imágenes de la Tierra. En el suelo, repartidos por todo su alrededor, había unos grandes almohadones. Yo supuse que eran para descansar y me tumbé en uno de ellos. Resultó ser muy cómodo y me adormecí.

No sé cuánto tiempo pasó...de pronto abrí los ojos y vi, delante de mí, dos nuevos personajes que antes no había visto. Eran personajes femeninos, tenían como la reina una gran melena blanca, estas la llevaban recogida en una trenza. Después descubrí, que solo la reina tenía el privilegio de llevar el cabello sin recoger.

Se dirigieron a mí y me hablaron.- Mi nombre es Fresia, el mío Dalana. Tienes que venir con nosotras, la reina te espera. Salimos, caminamos unos minutos por aquel paisaje gris y llegamos al lugar donde debía vivir la Reina Cindra. El exterior del edificio era similar a los demás. Una enorme esfera de cristal adherida al suelo. En este

caso, no era opaca como todas las demás sino transparente. En un momento Fresia y Dalana, mis dos acompañantes, cogieron mis manos y como por arte de magia nos encontramos dentro frente a la reina.

La reina Cindra me saludó amablemente juntando el dorso de su mano derecha, donde tenía marcada la paloma, con el dorso de la mía. Esa era la forma habitual de saludarse en el planeta Gura. El interior del espacio, era similar al que me habían dejado descansando, solo que este era muy grande. Al ser tan espacioso, el cilindro del centro guardaba relación con el lugar, por tanto, era monumental con infinidad de pantallas de imágenes diferentes. Muchas de las cuales no llegué a comprender.

La reina estaba reclinada sobre un almohadón de los muchos que había en el suelo. Al verme llegar se puso de pie y me dijo: - ¿Cuál es tu nombre, habitante de la Tierra? - Mi nombre es Blanca, contesté. - Bien Blanca, te quiero contar una historia muy bella y muy triste a la vez. Hace algunos miles de años mi planeta era un fiel reflejo del tuyo. Teníamos un sol espléndido que nos daba luz y nos calentaba. Un hermoso cielo con infinidad de estrellas. Impresionantes montañas cuajadas de esbeltos árboles y arbustos. Abundantes y caudalosos ríos que repartían sus limpias aguas por doquier colmando todo de verdes praderas y flores de mil colores. También aquí habitaban toda clase de aves y mamíferos y en nuestros incontaminados mares había infinidad de especies de peces. La gran mayoría de los habitantes de Gura eran felices, disfrutando de paz y armonía, sobre todo los niños. Niños guapos, juguetones y traviesos que además de alegrar la vida de todos perpetuaban la especie.

Tecnológicamente estábamos mucho más avanzados que vosotros. Teníamos grandes científicos, con mentes privilegiadas, que consiguieron que Gura fuese un planeta enormemente avanzado en todo tipo de tecnologías. Podíamos trasladarnos de un planeta a otro con un mínimo esfuerzo. En ese momento interrumpí a la reina: Perdona

majestad. ¿Hay vida en otros planetas? Cidra me contestó con un rotundo – ¡Por supuesto que sí!, no podemos ser tan egocéntricos para creernos que somos los únicos habitantes de todos los Universos. Volví a preguntarle (mi interés crecía por momentos): -¿Hay más Universos? - Sí, hay una gran cantidad de Universos diferentes al nuestro. Con diferentes tipos de partículas y con propiedades diferentes. Aunque la mayoría de ellos no albergan vida.

Yo estaba atónita ante esta cantidad de información que hasta ese momento ignoraba. Majestad, -pregunté de nuevo: - Si su planeta era tan maravilloso, ¿qué pasó para que se volviera gris y apenas sin vida? Cindra me contestó con gran tristeza. - Pasó, que a lo largo de los años la gente cambió; se hizo codiciosa, egoísta y envidiosa. Todos querían ser poderosos e importantes, por consiguiente, solo se preocupaban de ellos mismos. Olvidaron cosas tan importantes como: el amor, la amistad, la gratitud, la solidaridad... solo se centraron en una vida llena de cosas materiales y vacías. El amor pasó a segundo término. Al dejar de amarse, dejaron de reproducirse, por lo tanto, cada vez había menos niños llenando de risas y alegría el planeta. Poco a poco se fueron contaminando los mares y los ríos y el aire se hizo casi irrespirable. Tanta polución produjo una gran bóveda que nos envolvió aislándonos del sol, ahora apenas nos llega su luz y su calor. Por éste motivo, está todo gris, sin vida. Los habitantes de Gura fueron desapareciendo progresivamente, solo quedamos unos trescientos cincuenta seres. Así que nuestro planeta está abocado a desaparecer. La reina continuó. Hace bastante tiempo que os observamos. Vivís en un lugar privilegiado, lleno de niños y de personas que se aman unas a otras. Eso es lo más importante para nosotros, sin embargo, vemos que vuestra hermosa tierra ya no es lo que era antes. Estáis cometiendo los mismos errores que nosotros cometimos. Ese es el motivo por el cual te hemos traído a Gura. Te elegimos a ti para que al ver nuestra devastación, pudieras ser nuestra emisaria y convencieras a los

habitantes de tu planeta de que la cuiden y la amen, si no, corréis el peligro de verla desaparecer.

Le di las gracias a Cindra y le prometí que haría todo lo que estuviese en mis manos para convencer a todos de lo que había visto. De nuevo le reiteré mi agradecimiento y nos despedimos juntando el dorso de nuestras manos.

Fresía y Dalana vinieron conmigo hasta la salida. Afuera, dentro de la nave, estaban esperándome Aclíates y Galo. Subí por la rampa, me puse junto a ellos y de inmediato, se cerró herméticamente. Dentro de la esfera me sentí tranquila. Estaba pensativa mirando las pantallas del cilindro, en una de ellas se proyectaba una gran tormenta con abundante aparato eléctrico. De pronto se apagaron las luces con un gran estruendo, a los pocos minutos se volvieron a encender y me vi en mi habitación echada en mi cama. Me sentía mareada. Miré por la ventana, el sol se estaba ocultando y no había ni rastro de nubes. Pensé por unos momentos y en mi cabeza estaba muy claro todo lo que había vivido. Fue una experiencia sin parangón que me había dejado abrumada.

Siendo honesta, no puedo asegurar si esta historia fue un simple sueño o una gran realidad. Lo que sí puedo afirmar es que en el dorso de mi mano derecha ha aparecido una manchita con forma de paloma.

PSEUDÓNIMO: **AURORA**

María Santos Rodríguez